

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

SUSCRIPCIÓN POPULAR

Declaramos lealmente nuestro fracaso.

El público no ha querido secundar nuestra idea, y nos ha dejado esta vez completamente solos. De modo, que, bien a nuestro pesar, no podemos regalar al ilustre general Primo el prometido revólver de honor. ¡Qué lástima; y nosotros que teníamos ya pensado el discurso que íbamos a «colocar» al valiente pacificador en el acto solemne de la entrega! ¡Otra vez será!

Terminado el plazo de la suscripción, han llegado a nuestro poder algunas cartas de Madrid y provincias adhiriéndose con entusiasmo a nuestro pensamiento, y remitiéndonos los consabidos diez céntimos en sellos de franqueo para la adquisición del revólver de honor.

Las cantidades recibidas están a disposición de sus remitentes en la Administración de este periódico.
¡Y muchas gracias, señores!

EL PORVENIR DE SANCHE

—Puede darme vuesa merced la enhorabuena, porque todo el mundo dice que los tiempos de vuesa merced han pasado, y que se acercan los tiempos de Sancho.

—¿Qué es eso de los tiempos tuyos? ¿Por qué han pasado los míos? En fin, ¿qué quieres decir con esa palabrería que hoy te traes, y que sin duda resulta de alguna muy maliciosa burla que alguien ha querido darte?

—No hay burlas, no hay burlas; siempre sospeché yo que había de llegar mi tiempo. Dicen que eso de batirse y de andar a estacazos con todo viviente por un quitame allá esas pajas, era bueno para los tiempos de vuesa merced, y que ya se quieren provechos más que glorias, regalo más que victoria; y, en fin, que le llega a Sancho Panza la hora de ser ejemplo y guía de las gentes. Ya lo ve vuesa merced; sabios y hombres graves, acreditadísimos en todo el mundo, más notables que Bismarck, Eusebio Blasco y Mondragón, y el compañero Iglesias, con el duque de Almodóvar del Río, iniciaron la doctrina de la paz y del comercio, y... en fin, la era de Sancho Panza y de todas las gentes prácticas. Vuesa merced—siento decirlo,—vuesa merced está mandado retirar. Yo, y Martín Esteban, y todos los ricachos, y los negociantes, los comisionistas, la tropa del tanto por ciento, y hasta D. Arsenio Martínez Campos vendremos a imperar. La paz por contrata; cesión de Cuba, Puerto Rico y Filipinas; mas algunos regalitos, con la indispensable indemnización de guerra... serán cosa que haremos en un santiamén, y luego, ¡a vivir!

—¡Cuánto disparate dices! Cualquiera al oírte podría pensar que eras un esteta, redactor de *La Vita Bona*.

—Créame vuesa merced—me apena decirlo—créame, vuesa merced no debe meterse ya en cosa alguna. ¡El mundo vive deseoso de sosiego, y ya no piensan las gentes más que en conservar y en regalar el pellejo!

—Es decir, que, según tú, en eso debemos ocuparnos. ¡Pobrete!

—En eso está el porvenir de la patria; y sino dígame

vuesa merced: ¿Se atrevería a negarme que Dios predicó la paz? ¿No dijo que amásemos a nuestros prójimos?

—Sí, pero no a los cerdos; además, que te repito lo que ya en otros términos te dije el día pasado; no será paz cristiana la que se acepte dejando a nuestros hermanos de Cuba, y de Puerto Rico y Filipinas a merced de los canallas más despreciables de la tierra, los...

—Sí, no diga vuesa merced más.

—Déjame hablar, Sancho. Añado que no es cristiana paz esa; y menos aún, cuando por ella nos veremos condenados a la más horrible miseria, al hambre feroz y a la deshonra. ¡Sentido práctico! ¿Ahora apelan a todas esas zarandajas los que hasta hace pocos días caca-reaban hablándonos del honor nacional y de la posibilidad de apoderarnos de Nueva York? No, Sancho; vete al diablo con los folicularios asalariados, si los hubiere, y con tus ministros viajeros-comisionistas de agua de Colonia y con tus redentores colectivistas. Caso de que se lograra esa paz, ¿cuál sería el porvenir tuyo y el de tus correligionarios? Y por último, ¿cuál sería el porvenir de la patria?

Te figuras bobaliconazo que los que, a pesar de llamarse españoles, son tenedores de la deuda exterior, es decir, prestamistas, usureros de su patria, ó los que tienen sus capitales en Bancos extranjeros, habrán de arrepentirse, una vez hecha la paz, y traer sus cuartos a España, y perdonarla los réditos, y dedicar, en fin, cuanto tienen al fomento de la industria nacional? Te engañaste, Sancho; antes huirían de aquí, y los aventureros (predicadores de disparates), gozosos se verían, pudiendo buscárselas en los despojos que de la patria quedarán. Nada tenemos, decís, y es necesario que hagamos la paz. ¿Nada tenemos? Pues más en favor mío para amar la guerra. Cuando nada tenían los yanquis ¿qué hicieron sino guerrrear a su manera, cobarde y vil, guerrrear contra los pobres indios? Roma naciente, ¿no buscó su conformación, fuerza y desarrollo en las guerras? Abatida la Francia y pobre en los tiempos de la revolución, ¿no se lanzó con Bonaparte a buscar en la guerra los medios de subsistir y de enriquecerse? ¡Guerra, Sancho! ¡Guerra! Ella nos ha salvado siempre; ella nos hará mostrar los timbres gloriosos de España y sus nobilísimos ideales cristianos y democráticos como los de ningún pueblo del mundo.

—Cierto será cuanto muy reparado dice vuesa merced, y que oigo, aunque en lo de entenderlo quedo ayuno de ello; pero sepa que ha de suceder lo que el Gobierno dijere; y como estamos en estado de sitio, y hay ocho batallones en Madrid, y tal cual...

De modo, que ya sabe vuesa merced; la paz se hará, y tres más, y con el estado de guerra, chitón, y a callar tocan. Conque saludeme vuesa merced con cierto respeto, que ha llegado mi hora, y el porvenir es mío. ¡Viva Sancho! ¡Abajo D. Quijote!

YANKÉES!

Y anke en poderío
y en dinero naden;
y anke tengan ellos
más barcos flotantes;
y anke nos destrocen,
y anke nos abrasen,

si la guerra sigue
¡a la guerra yankees!

Aquí no tememos
ni a ellos, ni a nadie,
mientras quede gota
de española sangre;
y anke sean fuertes
y anke sean grandes,
en diciendo ¡guerra!
¡a la guerra yankees!

Ni con arrogancias,
ni insultos infames,
logran al ibero
león humillarle;
y anke mucho griten;
anke mucho rajen,
si es que quieren guerra...
¡guerra tendréis, yankees!

La codicia eterna
que en sus pechos late,
puesta a prueba tiene
nuestra paz bastante;
y anke sus traiciones
lleven a los mares,
en diciendo ¡guerra!
¡a la guerra yankees!

Sé que el valor nunca
consiguió agenciarse
ni con amenazas,
ni con los dólares;
y anke demostraran
ser hombres de arranques...
en diciendo ¡guerra!
¡a la guerra yankees!

ESPERANDO EL MILAGRO

A la hora en que esto escribimos, Manila, el único pedazo de tierra que queda en la isla de Luzón fiel a España, está en la agonía.

Los que allí defienden nuestra bandera se ven sitiados por mar y tierra, sin más auxilio hoy que el que les pueda proporcionar su corazón esforzado, su ánimo siempre sereno ante el peligro, ni más defensa que unas murallas viejas, unos *blockaux* contruidos a toda prisa y una artillería tan moderna y poderosa que en su mayoría está formada con los cañones que cogimos a los carlistas en la última guerra civil.

Triste y fea es siempre la desgracia; pero resulta una simpleza volverle las espaldas para no verla; empeñarse en negar su existencia, como hacen algunos, creyendo que el patriotismo consiste en ser imbécil y tan ciego que no se reconozca la verdad por clara e indiscutible que aparezca.

Como españoles, hay que sentir con toda el alma nuestra suerte en Filipinas, la imprevisión de nuestros Gobiernos, lo débil y endeble de nuestros medios, que nos han hecho ser vencidos con una facilidad pocas veces vista; pero como hombres con sentido común, hay que resignarse a esperar de un momento a otro la noticia oficial y definitiva de la pérdida de Manila.

¿Que esto es triste?... ¿Quién lo duda? Nuestros hermanos de Filipinas están solos, se ven aislados, han de combatir por un lado contra extranjeros, insolentados por la victoria, y por otro, contra un pueblo que nos odia, no por españoles, sino por cómplices y mantenedores de los frailes; y en esta situación sólo hay que esperar de un momento a otro la catástrofe final.

DON QUIJOTE



El Mac-Kinley sigue con el período de la sangre



He aquí marchita a nuestra pobre y triste sampaquita

SANTORAL POLÍTICO



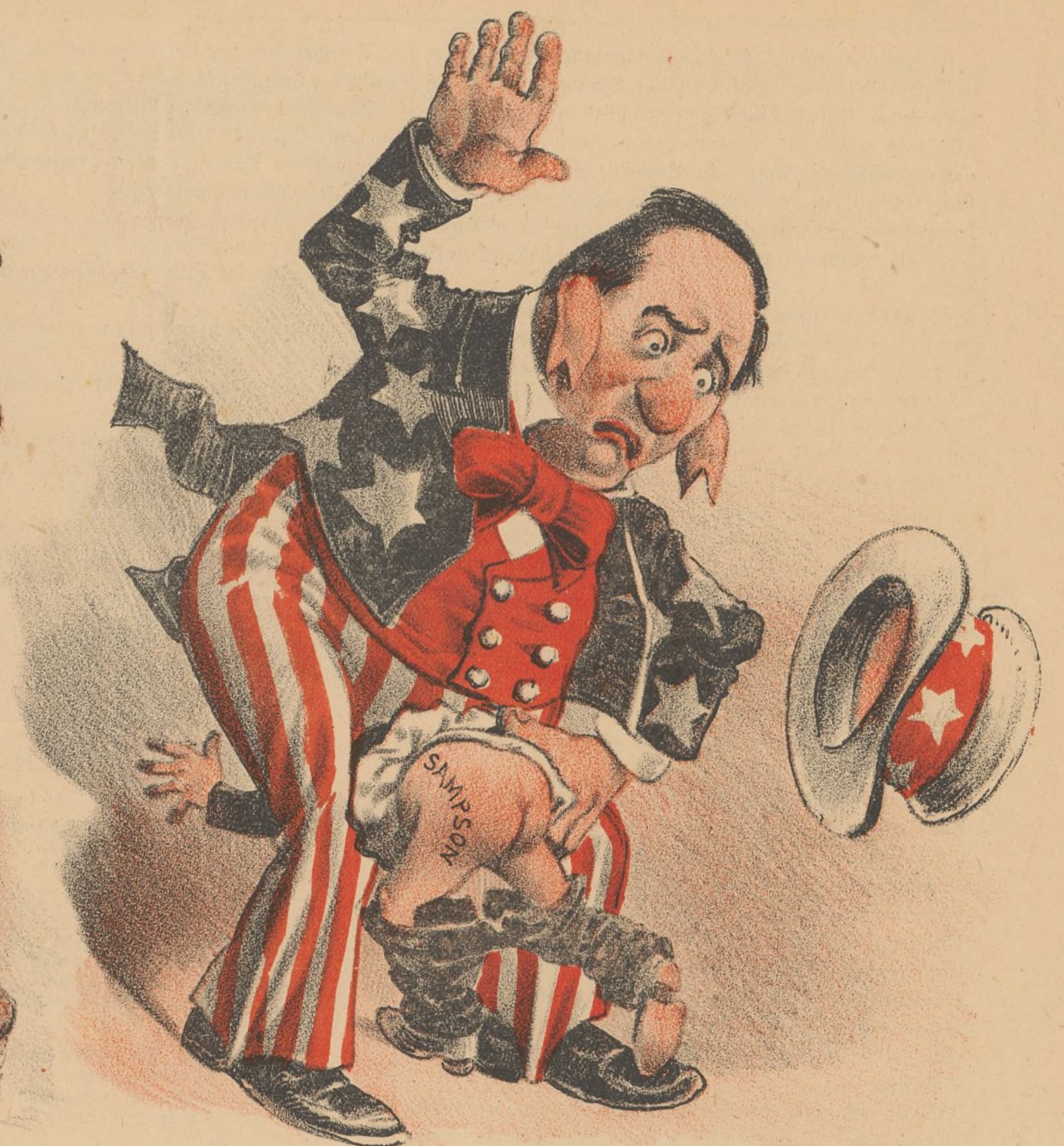
La exaltación de San Primo, pacificador y mar



¡Entren ustedes si se atreven!



—Yo, por no perder la costumbre de siempre, amago, pero no doy.



Lo que va a tener que hacer Mac-Kinley.



Muley Sagasta, sigue como el árabe, sentado a la puerta de su tienda, esperando a que pasen los acontecimientos.



—Aquí estoy yo, amigo; con que ya puedes ir preparando el equipaje



DE LA VENGARLA LA



DE



Ayuntamiento de Madrid

JEROGLÍFICO MARÍTIMO

La solución en cuarta plana.

Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jesús del Valle, 22

Pero aún es más triste el espectáculo moral que ante la desgracia ofrece nuestra nación. Somos el pueblo de hace siglos. En vez de resignarnos ante la derrota buscando la paz, ó de embravecernos, y con santa indignación continuar una lucha desesperada, permanecemos tranquilos, confiando en lo desconocido, en lo inesperado, aguardando el milagro, que es el único consuelo y esperanza de los pueblos débiles y fanatizados.

En otros tiempos, confiábamos en el apóstol Santiago. Él nos sacaba de apuros cuando íbamos á ser derrotados, pues le bastaban unos cuantos trotes de su caballo blanco por las nubes y esgrimir su flamígera espada para que al momento se trocase la rota en victoria.

Pero ahora, á falta del portentoso apóstol, se encarga la misión de hacer milagros al contralmirante Cervera. ¡Pobre general! Su hábil viaje a las Antillas, la pericia con que supo burlar la vigilancia de los yanquis, han hecho que el vulgo se fije en su persona, concediéndola una popularidad que tal vez se trueque en censuras cuando se convenzan de que es un sabio marino, un valiente soldado y un excelente jefe de escuadra, que sabe sacar partido de todos sus elementos, pero que, al igual de los demás hombres, carece de facultad de hacer milagros.

Con cuatro cruceros se quiere que Cervera proteja á Santiago de Cuba, y vaya á Filipinas, y bombardee algún puerto de los Estados Unidos, y ¡quién sabe cuántas cosas más se le exigen! Estando en todas partes, como Dios, acostándose en Cuba para amanecer en Filipinas, multiplicando los cuatro buques como Jesús multiplicó los panes y los peces, todavía no cumpliría los deseos de todos los estratégicos de café y navegantes de casino que andan por ahí haciendo apuestas sobre si el valeroso contralmirante está en Cuba ó en Filipinas.

Nada vale para esa gente, dominada por un entusiasmo ciego é irracional, la defensa de Santiago, sorda, tal vez poco brillante, pero tenaz y fructuosa. Gracias á él los enemigos no han logrado apoderarse del importante puerto cubano. Pero esto para la generalidad vale muy poco. Lo lógico es creer en el milagro, en el absurdo de que Santiago de Cuba se defienda por sí mismo, sin barcos ni marinos en su bahía, mientras Cervera sale con sus cruceros sin que le vea nadie, sin que nadie se entere, y á todo vapor marcha á las Filipinas para salvarlas.

Oyendo tales disparates, aceptados por muchos como artículos de fe y difundidos por gentes que usan levita y tienen un exterior de personas ilustradas, es como se delata el nivel intelectual de esta infeliz nación. Ahora es cuando se ve que éste es un país que gasta siete millones en la enseñanza y cincuenta en las obligaciones religiosas.

Casi todos los españoles creen en el milagro; en cambio, el noventa por ciento no saben geografía, ni tienen concepto remoto de lo que es la tierra y dónde se halla cada país.

Cervera firma partes desde Santiago, dando cuenta de los incidentes de su valerosa y tenaz defensa. Acababa de volar el *Merrimac*, cuando á un chusco se le ocurrió inventar la noticia de que nuestra escuadra había tocado en Madagascar, aprovisionándose de carbón para seguir con rumbo á Filipinas, y todo el mundo se lo creyó. ¿Dónde está Madagascar? Ni lo sabe la gente, ni le importa. Y del mismo modo como se creyó en la posibilidad de que los buques españoles vayan en tres días de Cuba á Madagascar (una distancia doble que la de Cuba á España), sigue creyéndose que un día de estos aparecerá inesperadamente Cervera en la bahía de Manila para no dejar un yanqui vivo.

¿Es esto serio? ¿No es más vergonzoso aún que las derrotas, demostrar ante el mundo una ignorancia tan fenomenal?

Nosotros nos inclinamos con respeto y admiración ante los que en apartadas tierras demuestran su patriotismo con hechos, y no con palabras, derramando su sangre por España; pero se nos indigestan cada vez más esos patriotas que bullen en la península, y que, sin perjuicio de defraudar al Estado, que necesita dinero para la guerra, y de indignarse contra el impuesto sobre la renta, pasan el día propalando disparates, creyendo en cohetes portentosos, pidiendo milagros para excusarse ellos de hacer sacrificios, y presentándose con sus dislates como una nación de brutos.

Esta fe en el milagro, esta creencia de que España no puede ser vencida, y que un español con una alpargata en la mano es capaz de matar á golpes á un gigante extranjero armado con un cañón, esta fanfarroería, en la que no creen los que se baten y son valientes de veras, pero que mantienen y propalan mentecatos que se quedan en casa, es lo que más daño nos ha hecho, lo que ha motivado que nuestros Gobiernos pudieran ser imprevisores y que fuésemos á la guerra sin preparación y sin medios.

Y ahora tocamos las consecuencias, y las tocaremos cada vez más, conforme avancemos en la guerra.

Nos quedaremos sin Filipinas. No hay milagro que nos salve. Hoy el Dios de las victorias sólo protege á las naciones fuertes y bien preparadas. Es como el Dios del cantar popular que

*protege siempre á los malos
cuando son más que los buenos.*

Perderemos las Filipinas, si es que no las hemos perdido ya.

Y lo peor es que no son los yanquis los que nos las toman por su valor.

Somos nosotros los que las perdemos por nuestra propia voluntad.

Con el cariño y la simpatía de los indígenas hubiéramos podido hacer frente en aquel Archipiélago á la invasión extranjera.

Pero para la monarquía española el fraile es superior á la integridad de la patria, y por sostener al parásito colonial perdemos las colonias de Asia.

Esto si que es milagro.

Milagro que en este siglo tolere un pueblo tales imbecilidades del fanatismo.

BLASCO IBAÑEZ.

TORQUEMADA

Sobre cierta cuestión de Teología
archi-trascendental,
agitó la discordia cierto día
el reino celestial.

Iba envuelta á la vez en el asunto
la santa Inquisición;
pero no resultó ningún difunto.
¡Rarisima excepción!

Cuando quedó la paz asegurada
en el alto lugar,
quiso oír el Señor á Torquemada,
y le mandó buscar.

—Decidle—dijo á un ángel—que se apreste
á venir ante mí.
—El encargado del padrón celestial,
dice que no está aquí.

—Pues id al Purgatorio, donde mora,
puesto que aquí no está;
que le dejen salir por media hora,
y que se venga acá.

—Con almas de allí vengo en este instante,
y no está allí, Señor.
—¿Pero dónde se encuentra ese bergante?
¡Maldito inquisidor!

—Tal vez en el infierno, Padre Eterno...
—Mira, pudiera ser.
—Si queréis que le busque en el infierno,
mandadme á Lucifer.

—Ve de mi parte, sí, busca al maldito,
y dile á Satanás
que le envíe; que yo le necesito,
después le volverás.

El ángel llega á la infernal morada
y cumple como fiel.
Oyéndole nombrar á Torquemada,
se echó á reír Luzbel.

Y calándose altivo la corona,
el diablo respondió:
—Dí á Dios que no ha existido tal persona.
¡Torquemada era yo!

¡Toros!

(PARA ALEJANDRO LERROUX)

La estocada de *Guerrita* á su segundo... La faena del Fuentes en su primero... Todavía la gente sigue comentando los incidentes de la última corrida.

Para el buen pueblo madrileño no hay por el momento motivos de más seria preocupación que ese de la estocada del Guerra y de la faena del Fuentes.

Se ha muerto Tamayo, y apenas si á su entierro han asistido media docena de amigos y devotos.

Yo he oído preguntar á muchos:

—¿Pero quién era ese Tamayo?

Y he oído responder:

—¡No sé! ¡Pero á mí me suena ese nombre!

Las Cortes se cerrarán de un día á otro sin que hayamos podido averiguar, después de tanto discutir, quiénes son los responsables de la catástrofe de Filipinas. —¡Pero qué importa eso á nadie!

En voz baja, misteriosamente, se habla de las negociaciones entabladas por el Gobierno para concertar la paz. Se dice que, para ahogar la indignación de los pocos patriotas que vamos quedando, se suspenderán las garantías constitucionales, una vez hecho el arreglo. —¡Sí, todo esto es muy interesante; pero la estocada del Guerra!...

Se habla también de la formación de un ministerio de fuerza. Martínez Campos sonríe en la sombra con

cara de triunfo; Azcárraga y Pidal hacen sonar las cuentas de sus rosarios en las llamadas «altas regiones»; Silvela, lívido de alegría, sonríe también satisfecho... —¡Sí, pero la faena del Fuentes!...

Este pueblo es irredimible, y para él no es posible esa vida nueva con que soñamos algunos ilusos.

Es una imbecilidad, pues, sacrificarse en su defensa.

Llevas ya veinte días de cárcel. Y llevarás meses y meses, y se habrá conseguido la paz, y habremos perdido las colonias, y estaremos gobernados por el sable herrumboso de Martínez Campos, y el pueblo continuará impasible, comentando la última estocada del Guerra y la última faena del Fuentes.

MIGUEL SAWA.

LANZADAS

El Sr. Sagasta sigue decidido á cerrar las Cortes.

Porque lo que él dice:

—¡Una vez cerrado el Parlamento, que me entren moscas en la «ciudad murada» de la Presidencia!

El enano de la venta desde Bruselas:

«Mi actitud durará todo lo que duren las actuales circunstancias. Cuando suene la hora de la gran liquidación, no sólo con palabras, sino con actos, tomaré el desquite de mi silencio.»

O sea, traducido al lenguaje vulgar:

—«¡Mucho cuidado, señores, que bajo!»

Pero lo que dirán los liberales, como respuesta á esa sofama:

—¡Que se baje! ¡Que se baje!

El distinguido yanqui *The Mac-Kinley*, cree preciso un ejército de 200.000 hombres para invadir la isla de Cuba.

Aquí de los problemas infantiles.

—Decidme, niño, necesitando doscientos mil hombres para ocupar la gran Antilla, ¿cuántos yanquis harán falta para efectuar dicha ocupación?

¡Temblemos!

Los yanquis están construyendo un cañón monstruo.

Un cañón de catorce metros de largo, con proyectil de 1.043 kilos, de alcance de 25 kilómetros, y de 600.000 pesos de coste.

¡Buena pieza!

¿Verdad, apreciable Mac-Kinley?

En el ejército yanqui se han presentado varios casos de sarampión.

¡Vaya, todo sea por Dios!

El día menos pensado vamos á leer que Mac-Kinley está con la dentición y Sampson con la tos ferina.

—¿Y la escuadra salió ya de Cádiz?

—Salió ligera

con Cámara.

—¡Camará,

ahora Sampson soñará

con Cámara y con Cervera!

—Sí, soñará á cada instante que entre uno y otro almirante le atacarán, sin trabajo, por arriba, por abajo, por detrás y por delante.

De cualquier *The Infundium* de esos de los Estados Unidos:

«El general Blanco ha sido herido gravemente en una pierna por un voluntario cubano.»

«El Sr. Sagasta ha sido asesinado anteayer á las tres y cinco minutos de la tarde, en el momento de «cambiar» una sonrisa con el Sr. Gullón (hijo).»

¡Pero hombre, qué manera de mentir tienen esos papales... higiénicos!

Eso es lo mismo que si veo yo en una carnicería un cerdo colgado, y me «apresuro» á dar la noticia de la muerte de Mac-Kinley.

Es un suponer.

En el nuevo ministerio de fuerza,—si llega á formarse,—dicen que desempeñará una carterá el fúnebre Fabié.

Pero no en clase de varón, sino milagrosamente.

El Sr. Aguilera ha tenido la bondad, que le agradecemos muy sinceramente, de remitirnos varios bonos que hemos repartido entre conservadores necesitados. ¡Porque tienen tanta hambre los pobrecitos!...

Solución al jeroglífico marítimo.

LA ESCUADRA VA CON OBJETO DE VENGAR LAS MARRANADAS DE LOS CERDOS NORTE-AMERICANOS.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apoda 18.